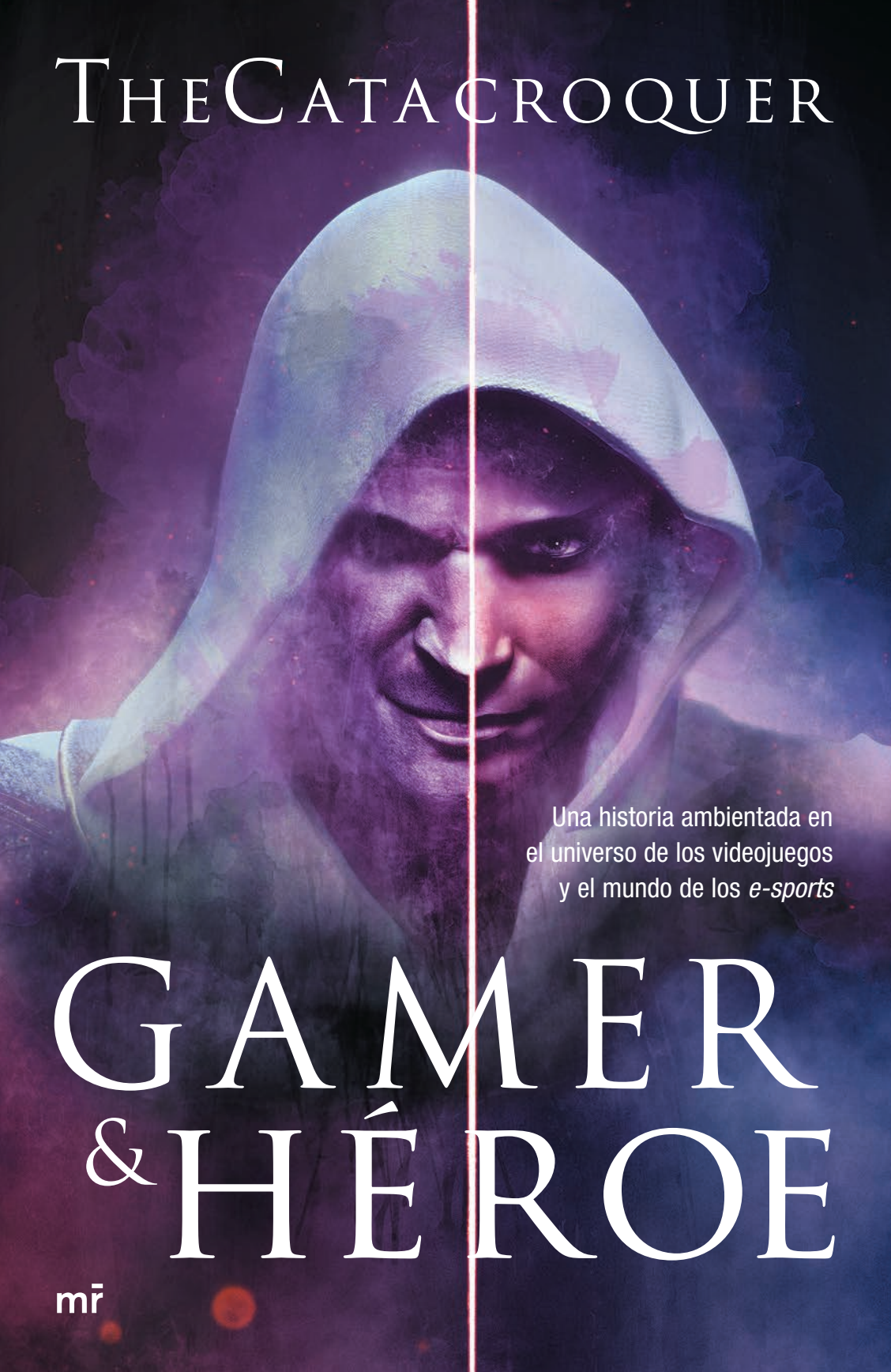
TheCatacroquer



Una historia ambientada en el universo de los videojuegos y el mundo de los *e-sports*

GAMER & HÉROE

mr

TheCatacroquer

Gamer & Héroe

mr

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico.**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Sergio Castro González (TheCatacroquer), 2018
Edición y fijación del texto: Daniel Estorach
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com
Diseño de la cubierta: Departamento de Arte & Diseño
Imagen de cubierta: © Raúl Allén
Fotografía de contracubierta: cortesía del autor
Primera edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-270-4409-8
Depósito legal: B. 535-2018
Preimpresion: Safekat, S. L.
Impresión: Unigraf, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

ÍNDICE

1. El «nuevo» 11
2. ¿No juegas al CoG? 21
3. Hoshi 31
4. Un sueño loco 41
5. El cumpleaños 51
6. El primer torneo 61
7. El sabor de la victoria 71
8. Confesiones 81
9. La hora de la verdad 91
10. Arma secreta 103
11. La sala del peligro 113
12. El conflicto 123
13. El vídeo de Alan 133
14. Como héroes 143
15. El ascenso 153
16. En la casa 163
17. La gran final 171

Epílogo 183

1
EL «NUEVO»

Dicen que todo principio empieza con un cambio. En el caso de Alan fueron necesarios no uno sino tres grandes cambios; cambios que él no había pedido ni deseado, pero que se había visto forzado a afrontar debido a la precaria situación que su familia venía atravesando desde hacía unos años.

Mientras Alan observaba las calles desde el asiento del copiloto no era consciente de que ese principio, cargado de oportunidades, estaba cada vez más cerca. Lo único que sabía con certeza era que se dirigían a un nuevo instituto donde no conocía a nadie, cruzando una ciudad que le era totalmente desconocida. Y que no era la primera vez que pasaba por aquello.

—¿Estás bien? —preguntó su madre, mirándolo de reojo mientras pisaba el freno al aproximarse a un semáforo.

Alan se limitó a encogerse de hombros mientras observaba a los peatones que cruzaban frente a él.

—Vamos, Alan… ¡Anímate! Este instituto está muy bien, ya lo verás. Y estoy convencida de que no tardarás en hacer nuevos amigos.

—¿Para qué? —preguntó Alan en un susurro.

—¿Cómo que para qué? No te entiendo, hijo…

—¿Para qué, mamá? —volvió a preguntar él, subiendo el tono de voz—. Si voy a tener que despedirme de ellos dentro de unos meses, cuando se te acabe el contrato y tengamos que mudarnos otra vez.

—Esta vez será diferente, cariño, ya lo verás. Me han dicho que es posible que haya una plaza fija de cara al curso que viene…

—Ya. Dijiste lo mismo cuando nos mudamos a León el año pasado.

María, que así se llamaba la madre de Alan, pisó el acelerador cuando el semáforo se puso en verde. Ninguno de los dos dijo una palabra más hasta haber llegado al instituto; ni siquiera cruzaron una mirada.

Una vez en el *parking*, Alan se colgó la cartera del hombro y saltó del vehículo.

—Hasta luego, mamá —dijo, con tono seco, antes de cerrar la puerta. Luego se encaminó hacia la marea de adolescentes que empezaba a adentrarse en aquel antiguo pero majestuoso edificio de seis plantas.

María bajó también del coche y observó alejarse a Alan con el corazón encogido. Luego, tras perderle de vista entre la multitud de chavales, contempló el lugar durante unos segundos y pidió un deseo.

* * *

No era la primera vez que Alan pasaba por aquella situación. Ya había sido «el nuevo» con anterioridad, pero no por ello era más sencillo avanzar por el instituto tratando de ignorar las miradas curiosas de los chavales con los que se cruzaba y los murmullos que se alzaban a su paso. Había aprendido a disimular, a permanecer indiferente, impasible ante lo que sucedía a su alrededor, pero no podía evitar que las punzadas de nervios del estómago fueran a más a medida que se

acercaba a su destino. La procesión, como se suele decir, iba por dentro.

Llegó al aula sin contratiempos, cuando todavía faltaban cinco minutos para que dieran inicio las clases. Alan, desde bien pequeño, había sido siempre muy puntual; así lo habían educado. Odiaba llegar tarde a los sitios y no entendía a los que tenían por costumbre retrasarse. Además, llegar tarde a clase significaba que todo el mundo se fijara en uno, y a él le gustaba pasar desapercibido; cuanto más desapercibido, mejor.

Por desgracia, aquel día no lo habría logrado aunque hubiera llegado un millón de horas antes.

El aula estaba casi vacía cuando entró, pero todos los presentes se volvieron a mirarlo con curiosidad, a excepción de un par de chavales que parecían mayores y que estaban sentados al fondo, que le dedicaron una sonrisa burlona entre calada y calada de sus cigarrillos electrónicos.

Alan supo al instante que aquellos eran los amos del lugar (o, mejor dicho, los que se creían los amos). Había conocido a unos cuantos como ellos. En todas las escuelas e institutos por donde había pasado existían abusones y sabía de sobra que lo mejor era mantenerse lejos, así que decidió ignorarlos y buscar un sitio entre las primeras filas.

Por suerte, no solían faltar sillas vacías por aquella zona.

Un chico delgado, de tez pálida y pelo muy oscuro que le llegaba hasta los hombros, le sonrió y señaló la mesa que tenía al lado.

—Está libre —le dijo—. La chica que se sienta aquí está enferma y tardará unos días en volver, así que mientras tanto…

—Gracias —dijo Alan, y se sentó sin tenerlas todas consigo. Normalmente todo el mundo pasaba del nuevo, sobre todo en su primer día. Y si se acercaban a él solía ser para hacerle alguna jugarreta.

—Me llamo Roberto —dijo el muchacho, tendiéndole la mano. Alan la miró un instante, receloso, preguntándose dónde estaría el truco, pero finalmente se la estrechó—. Por cierto, no te preocupes por esos dos —añadió luego, bajando la voz y haciendo un gesto con la cabeza hacia el fondo del aula—, son grandotes, pero ladran más que muerden.

—Bueno es saberlo —contestó él, agradecido y, a la vez, sorprendido. ¿Podía ser que aquel instituto fuera distinto de los anteriores?

—Por cierto, tío, ¿cómo te llamas?

—¡Oh, claro! ¡Perdona! Me llamo Alan.

En ese momento el profesor, un hombre de unos cuarenta y tantos años, alto y delgado, de mirada severa y movimientos rígidos, casi robóticos, entró en el aula y los alumnos que todavía quedaban en pie ocuparon sus asientos a una velocidad pasmosa.

—Buenos días, chicos —saludó unos segundos después mientras barría el aula con la mirada al tiempo que dejaba un maletín de piel sobre su mesa. Alan bajó la cabeza y tragó saliva, sintiendo cómo los nervios volvían a estrujarle las entrañas. El momento que más miedo le daba se acercaba.

—Es el profesor Gutiérrez, pero todos le llamamos Terminator —escuchó que Roberto decía a su lado en un murmullo apenas audible. En cualquier otro momento le habría encontrado la gracia al chiste, pero no entonces.

Luego oyó como el profesor Gutiérrez —alias Terminator— pronunciaba su nombre.

Alan se levantó, caminó hacia él con resignación y, situándose a su lado, se volvió hacia sus nuevos compañeros. Miró al frente, a un punto indefinido situado al fondo de la clase.

«Tierra, trágame», pensó, sintiendo cómo el peso del estómago tiraba de él hacia abajo mientras todas las miradas estaban clavadas en él.

* * *

—¿Cómo ha ido el primer día de cole, Alan?

—¡Es el instituto, papá! —contestó Alan, molesto.

—No contestes así a tu padre, cariño…

—Lo sieeeento, ¡pero es que ya no tengo ocho años, joder!

—¡Esa boca! —le reprendió su madre—. En esta casa no hablamos así.

—Perdón… ¿Puedo comer más ensalada?

—Por supuesto —contestó ella, acercándole una fuente donde todavía quedaba un pequeño revoltijo de lechuga, tomate, cebolla y olivas rellenas de chili picante—. Pero contéstale a tu padre.

—No ha ido mal —dijo Alan mientras se servía.

—¿No ha ido mal? ¿Y eso qué significa exactamente? —preguntó su padre, mirándolo muy serio, con una ceja levantada; aquel era su gesto inquisitorial.

—Pues…

—Ha hecho un amigo —lo interrumpió su madre, orgullosa.

—Vaya —dijo su padre, mirándolo sorprendido—. Eso sí es toda una novedad, chaval: un amigo el primer día. ¡Enhorabuena!

Alan miró a su padre, se encogió de hombros y, sin decir nada más, se concentró en el plato que tenía delante. El día había ido relativamente bien, teniendo en cuenta todos sus anteriores «primeros días», y no quería estropearlo.

Su padre lo siguió observando unos segundos, asintiendo en silencio, y, cuando parecía que iba a preguntar algo más, su madre se adelantó:

—Y a ti, Enrique, ¿cómo te ha ido la entrevista de hoy?

Enrique, que así se llamaba el padre de Alan, casi se atragantó con el trozo de tomate que estaba masticando. Luego, cabizbajo, respondió a la pregunta de su esposa:

—Bueno… Lo de siempre, querida. Me han dicho que ya me llamarán…

—Y si no lo hacen, cariño, ¡ellos se lo pierden! —dijo ella, tocándole el hombro a su marido con delicadeza—. Algo me dice que aquí, en Madrid, las cosas nos irán mejor.

Alan miró a su padre de soslayo. Su expresión había cambiado y, aunque intentaba disimular, se le veía triste; llevaba ya cuatro años en el paro, desde que la empresa a la que se había dedicado en cuerpo y alma durante casi dos décadas cerró sin previo aviso debido a la crisis.

—Ánimo, papá —dijo Alan—. Ya verás como pronto te sale algo.

Este lo miró y asintió, aunque no parecía muy convencido. A su edad no era fácil encontrar trabajo y, cuanto más tiempo pasaba inactivo, menores eran las probabilidades. Por suerte, la madre de Alan no había dejado de trabajar en todo aquel tiempo y, pese a los continuos y fastidiosos traslados, podían dar gracias por haber podido salir adelante con solo estrecharse un poco el cinturón.

* * *

Antes de acostarse, Alan solía leer algo en la tranquilidad de su *sancta sanctorum*, como llamaba a su habitación; normalmente alguna novela de fantasía repleta de aventuras y batallas entre caballeros y seres mitológicos. Pero aquella noche no conseguía concentrarse: las emociones y los nervios vividos durante aquel primer día en el nuevo instituto le pasaban factura.

Su cerebro iba a mil por hora analizando, casi minuto a minuto, todo lo que había experimentado. De todo ello, se quedaba con haber conocido a Roberto. Era un chaval un poco extraño, pero le había ayudado en su primer día y le había hecho sentir bien, cómodo. Roberto había conseguido que Alan se olvidara, por momentos, de que era el «nuevo», y durante el recreo le había presentado a muchos de

los compañeros de clase, que le acogieron sin reparos. Pero, pese a todo, sí había habido momentos en los que se sintió desplazado. Uno de ellos había llegado en la segunda mitad del recreo, cuando el grupito al que se habían unido él y Roberto había empezado a hablar de cosas que a Alan le sonaban casi a chino. Pese a ello, lo que comentaban llamó su atención, pues dedujo que tenía algo que ver con magia y combates entre criaturas fantásticas y, aunque no pudo intervenir en aquella conversación, estuvo atento a todo lo que decían. Al parecer, Roberto era todo un experto en el tema.

Más tarde, a la salida del instituto, Alan le preguntó, aprovechando un momento en que estaban solos:

—¿De qué estabais hablando antes en el patio? ¿De un videojuego?

—Claro, tío. ¡Del CoG, Champions of Gaia, es de lo mejor!

—¿El CoG? —preguntó Alan, poniendo cara de no entender.

—¡No fastidies! ¿No lo conoces? —dijo Roberto, sorprendido.

—Mmm… Pues no… —contestó Alan, temiendo haber metido la pata. ¿Y si aquello lo distanciaba de su nuevo amigo?

—¡La virgen! ¡Pensaba que no había un chaval sobre el planeta Tierra que no conociera el Champions of Gaia! ¡Pero si todo el mundo juega!

—Pues aquí tienes a uno que no… —confesó Alan, compungido—. Aunque me gustan los videojuegos, no puedo jugar apenas.

—¿Y eso?

—Es largo de explicar. Otro día, si quieres…

Roberto se lo quedó mirando, pensativo. Alan lo miró a su vez, temiéndose lo peor. Un segundo después, Roberto le dedicó una sonrisa y dijo:

—Vale. Una tarde te vienes a mi casa a jugar al CoG y me lo cuentas.

Pensando en la promesa de aquella tarde, Alan se liberó de su intranquilidad y se durmió al fin, y soñó con seres mágicos que le hablaban en un idioma que nunca había escuchado pero que, sin embargo, comprendía.